

El cielo de los mentirosos

Juan Miñana

«Con paciente regularidad, Juan Miñana ha logrado dar forma a una obra literaria que merece ser considerada entre las más valiosas de su generación.»

Ángel Basanta, *ABC*



El cielo de los mentirosos

Juan Miñana

Índice

Cubierta

Portada

Índice

Citas

UNO. Estampa del santo anarquista

1. Noi, un Fernet-Branca...
2. El limbo
3. Vitrine vivante
4. El Theological Palace (anécdota futura)
5. Humo de Armenia

DOS. El biógrafo del diablo

6. El moribundo imaginario
7. Florón
8. El secretario del mundo («todo lo penetra; todo lo registra...»)
9. Paraíso
 - Peyo
 - Quimet Tempusfugit
 - Gloria
10. Sociedad de acreedores del sabio de la azotea
11. Nacimiento de Venus en un mar industrial, con grúas al fondo
 - Alfileres
 - El baño del filósofo
 - Playa de familias
12. El Museo de las Civilizaciones

- La Libertad alumbrando el mundo
Cuando le aguanté la mirada al sol
13. Su majestad el rey de las tinieblas
Boudoir
La Mort et le Diable: histoire et philosophie des deux
négations suprêmes; précédé d'une lettre à l'auteur
de É. Littré
Himno al sol: monólogo del gallo Chantecler

TRES. El evangelio de la vida

14. Epifanía eléctrica
Luz natural
Luz espectral
15. Spiritus Sanctus
16. El país inmóvil
Apuntes de la España pintoresca
Sombra y sol
La noche toledana
Materia imponible
17. Filosofía de la vida ascendente
Libertad para el globo cautivo
18. La impostura infinita
El poeta místico Xavier Viura visita al armero Estruch
Sobre las virtudes milagrosas del Cerebrino Mandri
La literatura, una enfermedad incurable
Canotier
19. De la mortalidad del alma inmortal
Rayos X
Gloria in excelsis Cléo
Templo
20. Libaciones
Vermouth
La Malvasía de Sitges
Guindas con cazalla

Cerveza gótica

21. Utopía íntima

Púlpito

La buena nueva

Expiación

CUATRO. Reformatio in Peius

22. Deus ex machina

23. Purgatorio

Caracoles

La razón combustible

Indulgencia

24. La cama casta

25. Producciones infinitesimales pasajeras

Un pontífice del ocultismo

Noche de difuntos

Unción

Reflexión del doctor Pompeyo Gener, de la Société d'Anthropologie de París, según la cual no es necesario creer en Dios (se incluye una leve réplica de mosén Esteve Monegal)

26. La corte de los milagros

Elogio de la propiedad privada

Aire de esperpento

27. Legado (genio y figura)

El museo imaginario

El ángel del sueño

28. El espectro esquivo

29. Suyo afectísimo...

Créditos

Colofón

Ciò ch'io vedeva mi sembiava un riso
de l'universo; per che mia ebbrezza
intrava per l'udire e per lo viso.

Oh gioia! Oh ineffabile allegrezza!

Dante, *Paradiso*, canto XXVII

Del cielo, me quedo con el clima; del infierno, con la
compañía.

Mark Twain

Así como se conoce al poeta por su bella música, también se reconoce al mentiroso en sus articulaciones rítmicas, y en ningún caso la inspiración fortuita del momento podría bastar. En esto, como en todo, la práctica debe preceder a la perfección.

Oscar Wilde

Hay más verdad en la poesía que en la historia.

Aristóteles

(Cita elegida por Pompeyo Gener para encabezar su proyecto de memorias.)

UNO

ESTAMPA DEL SANTO ANARQUISTA

1

Noi, un Fernet-Branca...

Un camarero sonámbulo ha asentido al pasar, bandeja en alto, junto a las mesas unidas que forman a esta hora de la madrugada la tertulia del doctor Pompeyo Gener. Sótanos del café-restaurant Refectorium, en la Plaza del Teatre, sur de La Rambla. Disculpen el ruido, el humo rancio y la clientela más bien procaz que lo frecuenta. Y por si alguien se pregunta a qué mentalidad gótica, de capa y espada, devota de un historicismo trasnochado, corresponde atribuir la decoración del local, con sus tapices flamencos, sus pannoalias trufadas de armas antiguas, sus armaduras inquietantes como convidados de hierro, que sepa que todo nació de la *joint venture* entre la crédula generosidad del restaurador Enric Vilalta, y la erudición libresca del viejo bohemio que acaba de pedir un digestivo de alta graduación.

El doctor Pompeyo Gener, *savant catalan* —así rezan al menos sus tarjetas de visita—, ha dejado de acudir habitualmente al vecino Lion d'Or desde que Vilalta traspasó el negocio. Aquí, Gener, además de materializar sus fantasías en la puesta en escena de esta decoración teatral que hubiese entusiasmado a Alejandro Dumas padre, ha renovado con el propietario su cuenta a fondo perdido, insondable, a cambio de derrochar ante un público menos brillante los últimos réditos de su prestigio cosmopolita. Pompeyo Gener es una leyenda viva, eso está fuera de toda discusión: juventud parisina, títulos y honores académicos, correspondencia con figuras de renombre, viajes exóticos, amantes

egregias, condecoraciones militares, un lugar de honor en las enciclopedias europeas y americanas en las que se destaca su labor como filósofo positivista, dramaturgo, crítico de arte y literatura, erudito de civilizaciones antiguas, políglota, científico, utopista social, político federalista, pensador anarquizante, masón, poeta. No se menciona su apetito rabelesiano, ni su bonhomía, ni su adicción al alcohol y al láudano Sydenham. En privado, se celebra su cualidad más preciada, que sin embargo rara vez aparece en las semblanzas que aún se le dedican: su fantasía prodigiosa y su inmenso, impenitente, sentido del humor; ese talento para la mentira creativa, tan alejada del engaño interesado y del burdo embuste, que sus admiradores emparentan con el espíritu griego y sus detractores con la vanidad más inconsistente, con la pura fantasmagoría.

Pompeyo Gener sigue manteniendo su presencia de formidable figurón: come y bebe copiosamente a cuenta de su ingenio inagotable, de su apostura en franca decadencia. Se deja halagar a cambio de cenas, resopones, botellas con que festejar todo lo festejable, hasta que en las altas ventanas ojivales azulea la luz del día. La reciente guerra europea ha supuesto un cisma irreconciliable en el ambiente nocturno de Barcelona: la burguesía ilustrada rara vez amanece cerca del puerto, territorio ganado por los especuladores extranjeros, las cocotas de los cafés-cantantes, los conspiradores, las orquestinas de música negra, los oportunistas locales y los chulos de chaqueta ceñida y botines blancos. Así están las cosas. Pero el doctor Gener, el buen Peius, para los íntimos, sigue reinando, recorriendo cada noche su jurisdicción habitual, hasta que recalca en la fraternal pechera almidonada de Vilalta y manda unir dos o tres veladores para dar cabida a sus admiradores falsos y verdaderos. Es cierto que a veces se abstrae y hasta se permite alguna cabezada, pero es un maestro resucitando a

tiempo para hacerse cargo de la conversación, especialmente si ha visto la oportunidad de rememorar algún episodio de su fantásica vida pasada. Cuando el ambiente es lo bastante propicio, introduce de soslayo alguna verdad, algún hecho cierto, singular, pero no espera que nadie le crea, más bien se complace en advertir el inevitable cruce de miradas cómplices y de guasa contenida que le envuelve, le acompaña. Peius continúa asombrando por su aspecto de villano de opereta: barba y bigotes de mosquetero, ceño fruncido, frente alta, cabeza cana y leonina. Pero su corpulencia ha ido menguando dentro de las mismas ropas que usó hasta hace poco alguien más imponente. Su atildado aspecto de siempre —ha sido uno de los referentes elegantes de la ciudad— se consume dando paso a una deslucida y desaseada estampa de prohombre venido a menos, con solapas polvorientas y uñas de medio luto. Hasta su voz tronante de tiempos mejores le falla a veces con falsetes, carrasperas y trémolos seniles.

Le han servido el fernet en copa de absenta, con varios terrones de azúcar en un platillo. Peius endulza el digestivo, lo prueba con la punta de la lengua y da su aprobación con los bigotes risueños. Cuando el doctor Gener pide su digestivo —eso lo saben bien los camareros del Refectorium—, es que la interminable velada está llegando a su fin.

—Así, Peius, usted no ha sido nunca hombre de absenta —pregunta o afirma un contertulio joven con ojos de pescado no demasiado fresco, tan ebrio como el resto del grupo.

Peius tiene unas respuestas siempre muy rodadas y pulidas por el uso, casi inmediatas:

—Pues no, amigo Garriguella, aparte de mí ese cáliz: la absenta es maligna, es una pócima de brujas. Ya sabe lo que dicen los franceses: en cada botella de absenta se es-

conde un diablo verde que invita a confundir la locura con el paraíso.

—A lo mejor ese diablo verde tiene razón —tercia una cocota que lleva toda la noche quitándose de encima los ocho brazos de pulpo del sobón que la acompaña—. Quizá el paraíso y la locura sean una misma cosa...

—Quizá —admite Peius sin ganas de batalla—. Pero una vez, en París, visité a un amigo ingresado en la sección de bebedores de absenta de un manicomio de las afueras. Si aquello era el paraíso, yo prefiero el amor de la lumbre del mismísimo Satanás...

Más de un tertuliano se ha santiguado, en broma o en serio: y del Espíritu Santo, amén.

Apurados los vasos, y a otra discreta señal de Peius, el mismo camarero que le ha servido el digestivo le lleva la capa española, el bastón y el chambergo de fieltro. El doctor Gener sigue llevando ropas de invierno, aunque las madrugadas de junio empiezan a ser templadas. Entre las tertulias que ya se van disolviendo, del brazo del camarero, Peius cruza los turbios salones como un monarca cansado, saludando aquí y allá. Saluda hasta a las armaduras, a las que conoce familiarmente por su nombre, se deja ayudar escaleras arriba, hasta las puertas abiertas de la calle, y rechaza el ofrecimiento del portero que se brinda a acompañarle, como otras noches, hasta su casa en la Plaza Duc de Medinaceli.

—Mis zapatos ya conocen el camino —dice quedamente—. Gracias, Chaumet.

Golpea varias veces la acera con la punta del bastón y se enfrenta arrastrando los pies a la deriva por las calles oscuras, lubricadas de niebla, como un paquebote sobrecargado al que sólo guían las tenues farolas de acetileno, muy de vez en cuando, o las tétricas hornacinas votivas en las que arden las velas y las mariposas de aceite, para que no

se extravíen los viandantes ebrios ni las ánimas del Purgatorio.

Peius rebusca en sus bolsillos por si le quedan frutos secos o caramelos. Le cuesta respirar, y se detiene a menudo. No se ha cruzado ni un gato con él desde que ha entrado en la calle Ample. Ni gatos ni grupos de jueguistas, ya de retiro. Ni obreros de La Maquinista Terrestre y Marítima, camino del trabajo. Sólo la calle vacía y negra como un túnel.

Para conjurar el mal presentimiento que le eriza la nuca, decide ilustrar en voz alta al vecindario proclamando la necesidad imperiosa de instaurar la aristarquía, la meritocracia social. ¡Que despierten las almas dormidas! Su voz va ganando empaque y resuena en el aire, acompañada —o mejor, ratificada— con puntazos de bastón como sentencias de juez.

Desde hace algún tiempo, las melopeas filosóficas en voz alta del doctor Gener se repiten y confunden. Nunca habían tenido excesiva coherencia, dada la hora y el estado del orador, pero últimamente Peius salta de un discurso a otro como una liebre de matorral en matorral. De la proclamación urgente de la aristarquía pasa a recordar la figura de Miguel Servet, impreca contra la intolerancia de Calvino, describe la dignidad de un humanista radical chamuscándose en la hoguera, pero vuelve a la meritocracia y a la necesidad de una educación justa, universal, gratuita y desde luego laica, desde luego laica: sólo así cabe idealizar sobre el gobierno de los mejores, sin privilegios ni cartas de recomendación. La peor carta que puede jugar una sociedad es la carta de recomendación...

—A dormir la mona, ¡borracho!

A Peius, esta noche más que nunca, le reconforta que le chisten e insulten. Que se agiten las conciencias. Eso es bueno. Se oye llorar a un niño pequeño. Alguna que otra luz más en las ventanas. Peius avanza un poco porque sabe

que se arriesga a que le remojen desde la altura con el contenido insano de algún orinal. Gente inculta, ordinaria y desagradecida. Ni siquiera le ha salido hoy al paso el sereno, como un fantasma triste y menestral del orden establecido: «Don Pompeyo, no grite tanto, por el amor de Dios, que luego los vecinos se me quejan y con razón...».

La autoridad no ha comparecido hoy ante la provocación filosófica, así que Peius alcanza solo la primera claridad de la plaza donde vive y se acerca al único local abierto en el que unos aprendices tuestan y muelen café. Suele comprar una bolsa de jamaicano, en previsión de la taza que le apetecerá cuando despierte pasado el mediodía.

—¿Se encuentra usted bien, señor?

Peius ignora la pregunta que le hace el dependiente. Está jadeando, y se nota la frente fría bajo el sombrero. Sólo piensa en los tres pisos sin ascensor que le separan de su cama. Se palpa la holgura de la piel porosa dentro del cuello duro de la camisa. El nudo de la corbata ya había flojeado horas antes. Cruza junto al estanque donde se bañan unos cisnes a los pies de la estatua de un almirante. La plaza forma un anfiteatro recto, lisboeta, frente al mar, que ahora es sólo una grisalla borrosa salpicada de luces amarillas, columnas de humo, mástiles, montañas piramidales de troncos y feas grúas metálicas.

Y acomete su viacrucis vertical, diario, por la escalera que le lleva a su casa en el último piso de la finca; apenas un palomar de la azotea con comuna aparte. Nota el aroma del café de la bolsa que lleva en el bolsillo. En algunas puertas cerradas brilla el latón de sagrados corazones, junto a los picaportes y algunos timbres eléctricos. Sube con la resignación de un Jacob por la intimidante escala de la Gloria, con la capa abierta y recogida sobre los hombros. Tose, sin resuello. La mano izquierda deslizándose por el pasamanos que empieza siendo de mármol y se despresti-

gia con la altura, hasta ser una superficie relavada de madera. El bastón en la diestra, tanteando peldaños, y por fin el último descansillo, el que da a la azotea y a la entrada de su piso en el séptimo cielo.

Peius busca las llaves, que tintinean con un temblor incontrolado, como un sonajero. Cede la puerta y amanece —nunca mejor dicho— en la sorpresa luminosa de la azotea, llena de sábanas tendidas de los hilos de alambre. Otras veces se detiene a dar un último vistazo a los tejados de la ciudad que se despereza, pero hoy emprende una insensata línea recta a través de la ropa, apartándola con manotazos sin fuerza. Los espectros tienen muchas menos dificultades atravesando muros de piedra. Avanza a tropicones entre la colada. Oliendo a jabón de sosa, a ropa húmeda, a una luz limpia y enemiga que no le deja pasar con su falsa inconsistencia. Le sobreviene el desvarío y la urgencia de tenderse a dormir en su cama, antes de que le fallen las rodillas de algodón, pero las pantallas de luz se suceden, son una trampa, las aparta con el brazo libre, con el bastón, como en una contienda con fantasmas apedazados. Y entonces le vence definitivamente la luz y se queda a oscuras, luchando a ciegas, revolviéndose en redondo hasta que una sábana le envuelve por completo y cae al suelo. A su lado queda el bastón como el cetro de un rey derrocado. Muy cerca, el chambergo negro de alas anchas como un pajarraco muerto. Y Peius permanece tendido como un enorme fardo blanco en el suelo húmedo de la azotea, boca arriba, inerte, de cara a la inmensidad del cielo que ya no puede ver. Se diría que se ha procurado un sudario en el último momento para viajar al más allá.